

NO LEJOS DE LA TIERRA

Domingo Santos



Este volumen recoge once relatos del autor. Valgan como resumen sus propias palabras de la introducción:

«Existe otra ciencia ficción mucho más cercana a nosotros, que no se aleja demasiado ni de la Tierra ni de nuestro presente. [...] una ciencia ficción que yo calificaría de *prospectiva*, y que intenta reflejar ante todo las posibilidades y peligros a corto plazo de determinados aspectos de nuestro mundo actual.»

«Éste es el espíritu que ha motivado la creación de este libro. Opino que no hace falta ir muy lejos de la Tierra para hallar temas y motivos de reflexión.»

Contenido

Introducción

La puerta (1973)

Señor: su cuenta no existe (1980)

Ponga algo nuevo en su vida (1986)

Grummy (1986)

El síndrome de Lot (1986)

El cambio (1971)

Los monstruos (1965)

Soldado (1978)

Encima de las nubes (1973)

El tiempo y la muerte (1967)

En la ciudad (1980)

INTRODUCCIÓN

Se dice que la ciencia ficción nos traslada a lejanos mundos de maravilla, transportándonos a tiempos y escenarios exóticos donde la imaginación es reina y donde una sorpresa sucede a la otra sin solución de continuidad; en ella no hay límites para la osadía, excepto los límites físicos del espacio y el tiempo..., y a veces ni siquiera éstos.

Pero ésta *no* es toda la ciencia ficción. Existe otra ciencia ficción mucho más cercana a nosotros, que no se aleja demasiado ni de la Tierra ni de nuestro presente. Es una ciencia ficción que olvida un poco el sentido de la maravilla para centrarse más en nuestra realidad presente. Es una ciencia ficción que ha dado obras como *Fahrenheit 451* de Ray Bradbury (número 8 de esta colección), *¡Hagan sitio, hagan sitio!* de Harry Harrison (número 43) o *Todos sobre Zanzíbar* de John Brunner, por citar unos ejemplos; una ciencia ficción que yo calificaría de *prospectiva*, y que intenta reflejar ante todo las posibilidades y peligros a corto plazo de determinados aspectos de nuestro mundo actual. Suele ser una ciencia ficción premonitoria, y su misión, la mayor parte de las veces, es la de ser el oráculo de nuestro futuro inmediato.

Yo, personalmente, me siento inclinado hacia ese tipo de ciencia ficción. De toda mi obra —una decena de libros y casi un centenar de relatos hasta el presente—, calculo que un 75 % puede encuadrarse dentro de él. ¿Por qué? Es difícil decirlo. Tal vez sea una obsesión. Siempre me ha preocupado la prospectiva —esa ya no tan nueva ciencia que los anglosajones llaman *futurología*, una palabra que

en Europa ha sido desvirtuada por videntes y charlatanes, y que tuvo sus máximos exponentes en Herman Kahn y en *El shock del futuro* de Alvin Toffler—, y era lógico que esa preocupación se reflejara también en buena parte de mi obra literaria. Considero absurdo —aunque a veces lo haya hecho, y supongo que seguiré haciéndolo ocasionalmente— alejarme a remotas galaxias para situar mis temas y mis personajes, cuando en el mismo suelo que pisamos hay suficientes problemas que requieren mi atención: desde la superpoblación hasta el empleo indiscriminado de la energía atómica, desde las drogas hasta la televisión, desde la manipulación política hasta el control de las masas, hay en nuestro planeta suficientes temas de reflexión y análisis como para que no sea necesario ir a buscarlos más lejos.

Éste es el espíritu que ha motivado la creación de este libro. Opino que no hace falta ir muy lejos de la Tierra para hallar temas y motivos de reflexión. Las páginas que siguen son un ejemplo de ello.

Quisiera presentarles, sin profundizar y uno por uno, los relatos que forman este volumen. Su selección y ordenación obedecen por supuesto a un criterio, personal sin duda, pero que creo vale la pena señalar. Hay en el libro una gradación que ha quedado reflejada en una división en dos partes bien diferenciadas. Existe una serie de relatos que pueden considerarse eminentemente satíricos, algunos me atrevería a decir que incluso hasta la crueldad; éstos forman la primera parte del volumen. El resto, los que forman la segunda parte, pueden englobarse en esa ciencia ficción de corte pesimista que intenta preveniros de los males de nuestro futuro inmediato a través de una extrapolación, llevada hasta sus últimas consecuencias, de una situación determinada. Son relatos para leer, pero también para meditar. Ésa fue, al menos, la intención con que fueron escritos originalmente.

La puerta, el relato que inicia el volumen, trata de nuestro egocentrismo y de nuestra obsesión por medir todo el universo según nuestras propias medidas. Es un relato aparentemente ligero, pero con una moraleja que tal vez no sea evidente pero que existe y tiene su finalidad, como esa puerta que le da título y que no conduce a ninguna parte.

Señor: su cuenta no existe es consecuencia directa de mis veinte años de trabajo en el sector bancario antes de dedicarme plenamente a la literatura. He escrito bastantes ensayos y artículos sobre el futuro del «dinero de plástico» y la tendencia del mundo actual a la eliminación del papel moneda y su sustitución por las tarjetas de crédito y las operaciones interbancarias directas. Una extrapolación de esta tendencia, unida a lo que sé por experiencia de la forma de actuar, idiosincrasias y fallos de las omnipotentes entidades bancarias, me ha permitido escribir un relato que, se lo juro, estoy seguro de que dentro de unos años será real como la vida misma. De hecho, en algunos aspectos menores ya lo es. ¿O es que acaso a ninguno de ustedes le ha ocurrido en alguna ocasión, a escala menor, algo parecido a lo que le ocurre al pobre antihéroe de esta historia?

Ponga algo nuevo en su vida es una breve y sangrienta sátira sobre el falaz mundo de la publicidad puerta a puerta y de las enormes gangas que nos ofrecen esos vendedores que intentan convencernos de que nos regalan el mundo con chistera. Piensen en ella la próxima vez que abran la puerta a uno de esos jóvenes y eufóricos visitantes.

Grummy fue, originalmente, un relato escrito por encargo: debía versar sobre el mundo de la droga y sobre un aspecto muy particular de la drogodependencia: la posibilidad de rentabilizar comercialmente, de un modo más o menos legal, la necesidad de seguir consumiendo la droga... o un antídoto contra la misma. Ese aspecto, que a primera vista puede parecer muy marginal al relato en sí, pero que si se examina un poco más a fondo constituye en realidad su propia esencia, es lo que creo que le confiere su va-

lor testimonial, muy por encima de la anécdota de la narración.

El síndrome de Lot es el único relato de ciencia ficción que me ha sido rechazado en mi carrera literaria por el editor que me lo encargó, por lo que aparece publicado aquí por primera vez. Hace un par de años, una revista sobre vídeo me pidió una serie de relatos para incluir en cada uno de sus números, sobre temas relacionados con el mundo de la imagen. Aparecieron como media docena de ellos (uno fue *Ponga algo nuevo en su vida*), pero *El síndrome de Lot* no llegó a aparecer nunca. Al indagar yo los motivos de esa ausencia, la directora de la revista —que además era amiga mía— me dijo un tanto azarada que no había considerado oportuno publicar en una revista de vídeo un relato que, esto, ejem, atacaba de un modo tan feroz al vídeo y la televisión en general. Reconozco, evidentemente, que tenía toda la razón, y eso marcó —amistosamente, por supuesto— el fin de mi colaboración literaria con la revista: nunca me ha gustado escribir panegíricos por encargo, y menos sobre un tema como la televisión, sobre el que tengo ideas muy concretas... pese a haber colaborado numerosas veces —*mea culpa*— con ella.

El cambio, como muy bien indica su título, marca el inicio de esa «segunda parte» del libro a la que me he referido antes. Desaparece la ironía, y las tintas se oscurecen un poco. El relato es la crónica cotidiana de una degeneración y el estudio de la creación de un mito. Pienso que quizá su mensaje sea metafísico. La odisea de su protagonista, a un distinto nivel, es la misma odisea de muchos de nosotros.

Los monstruos incide un poco, desde otra óptica, en las constantes de *La puerta*: el antropomorfismo exacerbado de nuestras ideas y la necesidad de despojarnos, un poco, de la noción de que nosotros somos el centro del Universo.

Un tema que, confieso, es recurrente en mayor o menor grado en buena parte de mi obra. Lo siento.

Soldado puede ser catalogado como la expresión literaria de mi antimilitarismo visceral. Pero es algo más que esto, o al menos pretende serlo: es también una denuncia, en forma de relato, del «humanitarismo» de la guerra moderna y sus consecuencias. Y al mismo tiempo, por supuesto, una reflexión sobre el cinismo inherente a toda la ideología militar.

Encima de las nubes es, lo confieso, uno de mis relatos preferidos, esta «niña de los ojos» que tiene todo autor. Quizá sea porque está basado, en algunos detalles, en experiencias traumáticamente personales. Varias veces se me ha sugerido la posibilidad de ampliar el relato y transformarlo en una novela. De hecho, admito que tiene todas las posibilidades para ello; sin embargo, considero que todo lo que se podía decir en él queda dicho ya tal como está ahora, y que cualquier ampliación no aportará otra cosa más que una mayor cantidad de texto, sin añadir nada sustancial a su tema. Por eso prefiero dejarlo en su forma actual: hay historias que no hace falta ampliar.

El tiempo y la muerte fue, originalmente, un guión para televisión. Por eso quizá prive en él más la atmósfera que la acción. Puede que esa reflexión, entre onírica y fantástica, sobre una muy personal visión del tiempo choque a muchos lectores del género. De hecho, muchos no lo considerarán en absoluto ciencia ficción. Es probable. Pero, pregunto entonces, ¿qué es, en definitiva, la ciencia ficción?

En la ciudad, finalmente, aborda el tema del mundo tras un holocausto nuclear. Este relato, en realidad, es el primer capítulo de un proyecto ambicioso de novela que aún tengo en mente, y que debería estar ya escrita y publicada. Sin embargo, la aparición, casi simultánea al relato, de una excelente serie de cómic, *Hombre*, original de Ortiz y Segura, que tocaba un tema muy similar y desde una óptica muy parecida, me hizo desistir en aquel momento de proseguir

con el proyecto. Hoy, lejos ya aquellas circunstancias, y más actual que nunca, desgraciadamente, el tema, el proyecto vuelve a salir a la luz, y es probable que el libro se halle pronto en las librerías. De todos modos, debo decir que *En la ciudad*, como relato aislado, tiene entidad propia, y creo que es el mejor colofón para cerrar las once historias que componen este volumen y que constituyen un ejemplo de un modo de ver la ciencia ficción que, lo admito, puede que sea muy personal, pero es *mi* modo de ver la ciencia ficción y la forma que tengo de transmitir mis mensajes. Si es que a veces he conseguido transmitir alguno, por supuesto.

DOMINGO SANTOS

LA PUERTA

Quizá, si hubieran seguido los cánones de lo que era considerado como *tradicional*, las cosas hubieran ido por otros rumbos. Los estándares preestablecidos señalaban que una invasión extraterrestre debía ser forzosamente poderosa, agresiva, cataclísmica, masiva, despiadada... y, naturalmente, ser una *invasión*.

Pero los extraterrestres llegaron sin previo aviso una soleda tarde de agosto, en una solitaria navecilla de aspecto inofensivo que se posó suave y silenciosa en el gran prado frente al Capitolio de Washington. La nave no era ni ominosa, ni hostil, ni potente. Ni siquiera era *bonita*: tan sólo funcional. Y sus ocupantes no se revelaron tampoco como seres extraterrestres: eran simplemente robots.

El ejército terrestre, por supuesto, cumplió de inmediato con su obligación. Veinte minutos después del aterrizaje la zona estaba acordonada por infantes perfectamente equipados, rodeada por poderosos carros de combate y sobrevolada por dos coberturas de helicópteros y reactores de despegue vertical. Pero todos ellos llegaron tarde, puesto que, cuando se presentó el primer contingente de tropas, los robots que ocupaban la nave ya habían salido al exterior y estaban trabajando tranquilamente.

Habían aparecido por una puertecilla que se abrió silenciosa a un costado de la nave apenas ésta hubo tomado tierra, y se pusieron inmediatamente a la tarea. No hicieron el menor caso de los curiosos que se acercaron; ni siquiera volvieron sus metálicas cabezas cuando el primer *jeep* frenó con un espectacular derrape y los primeros infantes salta-

ron al suelo como quien desembarca en una playa cubierta por el fuego enemigo. Simplemente, siguieron trabajando.

Estaban construyendo algo.

El general Cúster, que hasta aquel momento se había sentido orgulloso de su nombre, estudió una vez más el plano que tenía desplegado sobre su mesa. Finas gotitas de sudor perlaban su frente.

—Es inaudito —musitó—. Increíble.

La zona estaba completamente cercada en un radio de cien metros en torno a la nave extraterrestre. Al principio, el general había dado orden de no acercarse más de lo prudente, en espera de acontecimientos. Luego había descubierto que, aunque quisieran, *no podían* acercarse cuando, al ver que los acontecimientos no se producían, dio orden de avanzar cautelosamente: una invisible barrera los detuvo a cincuenta metros de la nave, impidiéndoles cualquier penetración.

Un teniente se introdujo en la tienda de campaña, sobando nerviosamente un informe.

—Es como una cúpula, señor —dijo, entregándole los papeles—. No existe ningún punto de penetración.

El general no hizo ningún comentario: cuando los generales se sienten desconcertados, evitan los comentarios con sus subordinados.

—¿Los demás informes? —pidió.

—Se están redactando, señor. Estarán listos en un par de horas.

El general Cúster gruñó algo inconcreto. Echó una ojeada al informe: no decía nada de particular. Se habían efectuado las pruebas de rigor con todo tipo de aparatos de medición, se había intentado perforar la invisible pantalla por todos lados, se le habían disparado balas de cañón, de mortero, de ametralladora, de fusil y de pistola, se le habían lanzado granadas, se le habían aplicado explosivos

plásticos, incluso se le habían tirado piedras. La barrera formaba como una cúpula en torno de *toda* la nave, incluso por debajo de la superficie del suelo hasta una profundidad desconocida, protegiendo a ésta y a los robots que trabajaban junto a ella de cualquier influencia exterior.

Trabajaban... ¿haciendo qué?

Nadie sabía decirlo exactamente. Parecía como si estuvieran construyendo algo. Pero no era muy grande. Dos veces el tamaño de un hombre, quizá un poco más. Alguien había hecho un comentario diciendo que era algo así como un arco o una puerta... Sí, realmente, parecía una puerta.

Lo más exasperante de todo el asunto era la indiferencia de los robots. A nadie le gusta que le vengán un par de extraños a su casa y, sin decirle ni una palabra, se pongan a construirle un castillo de arena en medio del comedor. Eso, a escala cósmica, era lo que estaban haciendo aquellos absurdos armatostes metálicos, y quienes los habían enviado ni siquiera habían tenido la delicadeza de acompañarlos con un emisario de carne y hueso: solamente máquinas.

Gruñó de nuevo.

Salió al exterior. Era de noche. Pero potentes focos iluminaban el círculo de soldados y carros de combate. Una iluminación, por otra parte, totalmente innecesaria: en un momento determinado el general había ordenado apagar todas las luces y utilizar solamente infrarrojos para ver lo que ocurría, y los robots habían seguido trabajando tranquilamente en la oscuridad. Pero como los hombres no pueden ver en la oscuridad, el uso de los infrarrojos era un engorro y el general no quería perderse ningún detalle de lo que hacían aquellos montones de chatarra rodante, ordenó encender de nuevo todos los focos. También ordenó que se dispusieran en cuadro cuatro grabadoras de vídeo para registrar en todo momento lo que hacían aquellos seres metálicos. Y, a falta de nada más, esperó.

Los primeros días habían sido un auténtico lío. La prensa no había tardado ni un minuto en hacer acto de presen-

cia. Luego fueron las diversas cadenas de televisión, con sus equipos móviles, sus furgonetas y hasta sus puestos de hamburguesas propios. Empezaron a llegar enviados especiales de otros países. Hubo que habilitar un espacio reservado para ellos, y se dieron números para reservar turno, pese a lo cual se organizaron auténticos desmadres. Pero, aparte esos pequeños detalles marginales y las escaramuzas con los siempre odiados cuarto y quinto poder, no ocurría absolutamente nada digno de mención. Los robots seguían construyendo lo que fuera, impávidos ante todo y ante todos.

Pero las altas esferas querían saber exactamente *qué era todo aquello*, y ponerle enérgico remedio. Deseaban acción.

¿Pero qué se podía hacer cuando los proyectiles de mayor poder de perforación resbalaban en el escudo de energía y se hundían en el suelo y salían desviados por el aire, y el láser producía el mismo efecto que la mantequilla sobre unas tostadas calientes? Quedaba la energía atómica, por supuesto, pero el general no se atrevía a utilizarla en aquel lugar crítico, pese a algunas insinuaciones de los halcones. Y las notas de protesta y las medidas diplomáticas que preconizaban las palomas eran tan inútiles como las armas, y casi igual de ridículas.

Se metió de nuevo en su tienda, mesándose los pocos cabellos que le quedaban.

Poco después todos los informes estaban ante su mesa. Pero en conjunto no eran más que papel mojado. No revelaban nada que no pudiera deducirse por la más simple de las observaciones directas, Los exámenes efectuados a distancia —no cabía hacerlos de otra forma— indicaban que el metal de la nave y de los robots era una aleación desconocida: no se podía precisar más. Los robots se movían evidentemente por medio de impulsos electrónicos, pero se ignoraba la fuente. ¿La pantalla de energía? Misterio absoluto. ¿La propulsión de la nave? ¡Uf! ¿La posibilidad de que

dentro del artefacto hubiera algún ser pensante dirigiendo toda la maniobra? Sí, cualquier cosa era posible. Lo único en que coincidían todos los informes era en declarar, a título exculpatorio, que desde aquella distancia y en aquellas condiciones era imposible precisar más, como si sólo se pudiera dictaminar con seguridad acerca de aquello que puede ser examinado al microscopio.

—Señor, llaman del Pentágono —dijo el teniente, entrando por enésima vez en la tienda—. Esta vez es el presidente en persona. Quiere saber algo concreto. El oficial de comunicaciones pregunta si se pone usted.

El general Cúster, campeón de mil batallas contra los enemigos de la democracia yanqui, gruñó la obscenidad que hubiera deseado decirle al presidente pero que, pese a todas sus medallas, no se atrevía a pronunciar.

Se fueron al tercer día.

Durante aquel breve lapso de tiempo, los robots alienígenas habían trabajado sin el menor descanso, las veinticuatro horas del día, levantando *la cosa*. Luego, silenciosamente, recogieron todas sus herramientas y se metieron de nuevo en la navecilla. Ni en una sola ocasión habían alzado la vista (si es que tenían ojos) de lo que estaban haciendo, no habían dado muestras de ser conscientes de lo que ocurría a su alrededor fuera del domo, no habían mostrado la menor curiosidad por nada excepto su trabajo. Una vez terminado éste, la puerta de la nave se cerró a sus espaldas, y durante un segundo hubo expectación.

Los aparatos detectores y de medición, que permanecían constantemente enfocados en la nave, detectaron un chasquido, y los indicadores señalaron, por una breve fracción de segundo, que la pantalla de energía había desaparecido tan repentinamente como apareció. El general Cúster aulló una orden, pero ya era tarde: el aparato dejó escapar un sonido en las fronteras de lo audible y dio un salto

hacia arriba como impulsado por una gigantesca catapulta. Tres segundos más tarde todo rastro de él había desaparecido en el cielo.

Pero en el suelo quedaba su obra. Por un momento el general Cúster no supo qué hacer. Luego, tragando dificultosamente saliva, consciente de los numerosos ojos, físicos y electrónicos, fijos en él, con el peso de Corea, Vietnam, Nicaragua, el Golfo Pérsico y cien mil heroicidades más sobre sus hombros, avanzó unos pasos, haciendo un expresivo gesto para que nadie le siguiera. Sabía que aquella imagen podía llegar a ser tan famosa como la de la pisada de Armstrong en la Luna, y el pensamiento le aflojó instantáneamente las tripas. No sabía lo que iba a ocurrir a continuación.

Avanzó tanteando el terreno. Tras los primeros pasos, sacó su pistola de la funda y la amartilló. Luego pensó que aquel gesto era ridículo, pero mantuvo el arma firmemente asida. Se dirigió en línea recta hacia la obra de los robots, intentando que su paso fuera firme, y se detuvo a pocos pasos de ella. Aunque era de noche, la claridad de los focos permitía ver hasta el más mínimo detalle de la estructura. La examinó largamente, intentando deducir qué era, intentando descubrir algún indicio que le permitiera reconocerla como algo distinto de lo que a todas luces parecía ser. Adelantó una mano con intención de tocarla, pero la retiró unos milímetros antes de hacerlo, temeroso de no sabía qué. Aguardó una iluminación divina. No llegó. Finalmente se dio por vencido. Aunque le juraran lo contrario, en su mente de militar no cabría ya en todo el resto de su vida ninguna duda: aquello era, sencillamente, *una puerta*.

—Lo siento, caballeros, pero aunque ustedes quieran que les diga lo contrario no puedo decirles otra cosa: es total y absolutamente una puerta.